



León Tolstói

## **¿Puede un artista crear cosas hermosas, que no tienen por qué ser un ejemplo de su propia existencia?**

—¿Te gusta leer? —insistí, al ver que hojeaba uno de mis libros de segunda mano, el primer tomo de “Guerra y Paz”, un ejemplar de tapas maltrechas.

Ella lo miraba con atención, cuando sin más se giró bruscamente.

—¡Ah! ¡Sí! Supongo que bastante... ¿A ti no?

—¡A mí me encanta! —afirmé con vehemencia—. Puedo pasarme horas y horas leyendo. Precisamente acabo de terminar la novela que estás hojeando.

—De Tolstói, ¿verdad? —repuso distraída por las páginas abiertas.

—Sí, y ahora voy a...

—¡No me digas..! —me interrumpió desdeñosa—. Ahora vas a leer “Anna Karénina”.

»¿Acaso te saltaste la Nota del Autor; esa que hay en el preámbulo de “Guerra y Paz”? —al decirlo, plantó el libro que sostenía ante mis narices—. Recuerdo que cuando me topé con esto... —insistió, señalando en la página con el dedo—, fui incapaz de seguir. De hecho, no terminé de leerlo.

—¿A qué te refieres? —Mi asombro superaba cualquier expectativa—. ¿Es que no te gusta Tolstói?!

—Mira, no voy a mentirte, claro que sí. —Asintió con la cabeza—. ¿A quién no podría gustarle? Pero esa... “Nota”. Escucha. Te la leo en voz alta, por si tú no lo has hecho:

Hasta ahora he escrito solamente sobre príncipes, condes, ministros, senadores y sus hijos y me temo que en lo sucesivo no va a haber otros personajes en mis historias.

Puede ser que esto no esté bien y que no guste al público; puede ser que para ellos sean más interesantes e instructivas las historias de campesinos,

comerciantes y seminaristas, pero mi deseo no es en absoluto tener muchos lectores a cualquier precio, y no puedo satisfacerles por muchas razones.

La primera porque los recuerdos históricos de aquella época sobre los que yo escribo solo permanecen en la correspondencia y los escritos de la gente de clase alta alfabetizada; incluso hasta los relatos interesantes e inteligentes que he podido escuchar, solo se los he oído a la gente de esta clase.

La segunda porque la vida de los comerciantes, de los cocheros, de los seminaristas, de los presidiarios y de los campesinos me resulta monótona, aburrida, y todas las acciones de esas gentes se me antojan resultado en gran medida de los mismos resortes: la envidia hacia las castas más afortunadas, la avaricia y las pasiones materiales. Y si todas las acciones de esta gente se originan por estos resortes, entonces sus acciones quedan tan dominadas por estos impulsos, que resulta difícil entenderlas, y, por lo tanto, describirlas.

La tercera porque la vida de estas gentes (de clase baja) lleva consigo en menor medida la huella del tiempo.

La cuarta porque la vida de estas gentes no es hermosa.

La quinta porque nunca podré comprender qué es lo que piensa el centinela en la garita, qué piensa y qué siente el tendero pregonando que compren tirantes y corbatas, qué es lo que piensa el seminarista cuando por centésima vez le llevan a azotar, etcétera, etcétera. No puedo entender esto, igual que no puedo comprender qué es lo que piensa una vaca cuando la ordeñan y qué piensa un caballo cuando acarrea un tonel.

La sexta porque en resumen (y esta, lo sé, es la mejor causa) yo mismo pertenezco a la clase alta, a la alta sociedad y la adoro.

No soy un pequeño burgués, como decía Pushkin con orgullo, yo digo sin miedo que soy un aristócrata, de nacimiento, por costumbre y por posición. Soy un aristócrata porque recordar a mis antepasados, mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos, no solamente no me avergüenza sino que me alegra extraordinariamente. Soy un aristócrata porque me educaron desde la niñez en el amor y el respeto a la elegancia, no solo hacia lo expresado por Homero, Bach y Rafael sino también hacia todas las pequeñas cosas de la vida: el amor a las manos limpias, a la belleza de un vestido, a la elegancia de la mesa, o de un carruaje. Soy un aristócrata porque tuve la suerte de que ni yo, ni mi padre, ni mi abuelo conociéramos la pobreza y la lucha entre la necesidad y la conciencia, nunca necesitamos ni envidiar ni suplicar a nadie, no conocimos la necesidad de educarnos para conseguir dinero o una posición en la alta sociedad y otras pruebas similares a las que se exponen los pobres. Me percaté de que esto es una gran suerte y por ello doy gracias a Dios, pero aunque esta felicidad no pertenezca a todos no veo en ello causa para renegar de ella y no aprovecharla.

Soy un aristócrata porque no puedo creer en la elevada inteligencia, el gusto refinado y la gran honestidad del que se hurta la nariz y habla con Dios.

Todo esto es muy tonto, puede que hasta criminal e impertinente, pero así es. Y en lo sucesivo aviso al lector del tipo de persona que soy y qué es lo que puede esperar de mí. Todavía está a tiempo de cerrar el libro y acusarme de idiota, retrógrado y de ser un Askóchenski, por quien, aprovechando esta oportunidad, me apresuro a expresar mi sincera, profunda y firme admiración.<sup>1</sup>

Al concluir su apresurada lectura, debió advertir en mí cierta incredulidad.

—¿Te pasa algo? —me preguntó—. Te veo preocupado.

—No —mentí tras soportar con estoicismo su recital—. Todo está bien.

—¿No lo ves? —perseveró al intuir mi asombro—. Es toda una declaración de intenciones. Él mismo lo reconoce: esas ideas son las de un idiota, las de un retrógrado. ¡Ni en broma las soporto!

—Que conste que eres la persona más desconcertante del mundo —dije en tono pausado, un tanto dolido—. ¿Por qué se supone que debo aceptar tus conclusiones? No creo que eso tenga mayor importancia. Yo diría que es una provocación del autor. Cómo no ser indulgentes con quien fue capaz de aportar semejantes obras al género humano. Un artista puede crear cosas hermosas, que no tienen por qué ser un ejemplo de su propia existencia.

—¡Al cuerno con estos hipócritas! —exclamó con una expresión feroz en el rostro. Luego se sentó en la única silla que había, cruzó las piernas y empezó a balancear el pie en el aire. Estaba la mar de nerviosa.

—¡Pero... bueno! —exclamé.

—¿Qué...? —replicó ella—. No niego que pueda tratarse de un recurso literario, pero a mí no me parece necesario ni gracioso. Hay que ser rigurosos y consecuentes con la realidad. Qué puedes esperar de aquellos que solo atribuyen a los pudientes y estirados una verdadera condición humana y la posibilidad de tener sentimientos honestos, cuando en realidad ellos carecen de la más mínima empatía y basan su existencia en la ociosidad y la explotación de otras clases sociales a las que no se ha dado la más mínima oportunidad de educarse. Cómo fiarse de quien vivía como un sátrapa y desde su atalaya lanzaba proclamas de justicia social, mientras él y sus descendientes se hallaban muy a salvo de la miseria y con la tripa bien llena. ¡A mí no me engaña! Créeme, no confío en los que no pudiendo ser ellos en sí mismos un ejemplo de lo que predicán, recomponen y aderezan su discurso de cara a la galería con cantos de sirena.

—Vale... vale. No te me enfades —traté de aplacar su ímpetu. Estaba hecha una fiera—. Puede que tu argumento no sea tan descabellado, pero nunca lo había visto de ese modo. Tolstói es uno de los grandes y no siempre se comportó como un

---

<sup>1</sup> Guerra y Paz. Título original: Voina i mir. Autor: Lev Tolstói. Año de publicación: 1869. Traducción: Gala Arias Rubio. Cuarta edición, mayo de 2008.

santo varón, todos lo sabemos y él mismo lo reconoce, pero buena parte de sus últimos años los dedicó a una labor de búsqueda personal y, sobre todo, de despertar a sus semejantes para que aprendieran a llevar una vida de bien. Siempre estuvo comprometido con la lucha por una sociedad más justa. Es bien cierto que participó y fue un héroe de la guerra de Crimea, pero acabó siendo un pacifista convencido, lo que le granjeó la enemistad del propio zar. Hay quien le considera «el auténtico precursor de la revolución rusa, el auténtico precursor de la revolución del proletariado». Sus teorías de la resistencia pasiva y del anarcocristianismo sin duda influyeron decisivamente en Gandhi.

María se encogió de hombros, ella misma estaba asombrada, por momentos su expresión se volvió mucho más afable, su gesto se dulcificó y acabó sonriendo.

—De acuerdo —dijo—. No niego que sea un escritor genial, pero piénsatelo bien antes leer novelas en las que como alguien dijo: “Sus protagonistas son escocidos de la alta sociedad, que se distraen hablando de todo sin haber sufrido realmente por nada”. Tolstói fue un terrateniente que durante mucho tiempo se comportó y actuó como un déspota. No me convence que al final de sus días tratase de renunciar a lo que siempre admiró y defendió.

“Inteligente, atrevida y directa”, me dije para mis adentros. Descubrí que no le iban las sutilezas ni las medias tintas. ¡Joder! No tenía ni idea de que fuera tan “progre” y contestona. No me desagradó. Odio a los desidiosos que sin más te dan la razón. No sé si estaba en lo cierto o equivocada, pero me pareció que tenía principios y los defendía a capa y espada. Sonreí para mis adentros ante tal exhibición de coraje.

***J. J. Cale.***